

LA CAMPAÑA MONTEMOLINISTA O GUERRA DE LOS *MATINERS*

Javier URCELAY ALONSO¹

RESUMEN

El fracaso de los intentos de fusión dinástica promovidos por el presbítero Jaime Balmes y otros, dio lugar a un nuevo episodio bélico protagonizado por el Carlismo, que frecuentemente se considera la Segunda Guerra Carlista y que contó en esta ocasión como pretendiente a Carlos Luís de Borbón y Braganza, primogénito del primer rey carlista y más conocido como conde de Montemolín, lo que hace que también se hable de la Campaña Montemolinista para referirse a este conflicto. Al fracasar el alzamiento en la mayor parte de las regiones, la guerra se circunscribió fundamentalmente a Cataluña, donde los combatientes carlistas se adelantaron recibiendo el nombre de *Matiners*.

La guerra se desarrolló inicialmente como una guerra de partidas, en la que los carlistas colaboraban con frecuencia con los republicanos contra el enemigo común, hasta que la entrada en escena del general Cabrera fue creando un ejército organizado, como había hecho en la guerra anterior.

La falta de recursos y los titubeos del propio conde de Montemolín, llevaron a los carlistas a poner fin a una guerra que no conducía a ningún sitio, iniciando, por segunda vez en una década, un nuevo exilio.

¹ Fundador del Museo Carlista de Madrid. San Lorenzo de El Escorial. www.museocarlistademadrid.com

PALABRAS CLAVE: Conde de Montemolín. Cabrera. Matiners. Cataluña. Segunda Guerra Carlista. Carlos Luis de Borbón.

SUMMARY

The failure of the dynastic fusion attempts promoted by the priest Jaime Balmes and others, gave rise to a new war episode led by Carlism, which is often considered the Second Carlist War. In this occasion the Pretender to the Throne was Carlos Luís de Borbón and Braganza, eldest son of the first Carlist king and better known as the Count of Montemolín, reason why this conflict is sometimes known as the Montemolinist Campaign. As the uprising failed in most of the regions, the war was limited mainly to Catalonia, where the Montemolin partisans received the name of *Matiners*.

The war was initially developed as a war of parties, in which the Carlists frequently collaborated with the Republicans against the common enemy, until the entry on the scene of General Cabrera created an organized army, as he had done in the previous war.

The lack of resources and the hesitation of the Count of Montemolín himself led the Carlists to put an end to a war that was leading nowhere, beginning, for the second time in a decade, a new exile.

KEY WORDS: Count of Montemolín. Cabrera. Matiners. Catalonia. Second Carlist War. Charles Louis of Bourbon.

* * * * *

1. *El fallido intento de fusión dinástica y sus consecuencias*

El 26 de agosto de 1846 se anunció el matrimonio de Isabel II con su primo Don Francisco de Asís, consumándose el fracaso de la tentativa de fusión dinástica promovida por el presbítero Jaime Balmes, a través del enlace de Isabel con Carlos Luís, primogénito de Carlos María Isidro de Borbón.

Carlos Luís de Borbón, más conocido como conde de Montemolín, que se había manifestado hasta ese momento portavoz de ideas de paz, se ve obligado a orientar sus pretensiones a través de un levantamiento armado, el único medio que le queda para reivindicar sus derechos. Para ello el 12 de septiem-

bre hizo público un manifiesto movilizando a los suyos, apelando de hecho a la guerra². En el mismo sentido se pronunció dos días después la Junta carlista vasco-navarra.

El exilio carlista era un hervidero, movido tanto por los deseos de entrar en acción como por las penosas condiciones en que los refugiados tenían que sobrevivir. A raíz de los acontecimientos, la agitación en las fronteras se acentúa y se producen huidas de los depósitos, apreciándose gran actividad conspiratoria.

Constituido en jefe de la Causa, el conde de Montemolín no debía permanecer por más tiempo recluido en Bourges, donde estaba sometido a continua vigilancia policial. De ahí su deseo, compartido por su Corte y por otros prohombres del Carlismo – como Elío, Cabrera y Villarreal, que sufrían el mismo problema en París–, de pasar a Inglaterra, en la que por la tirantez de su Gobierno con el de Madrid, pensaban que podrían desenvolverse con mayor libertad.

El 14 de septiembre, burlando la vigilancia de sus centinelas, Montemolín escapó de Bourges. Con la fuga de Montemolín coincidió la de cuantos personajes carlistas pudieron efectuarla, al estar convenido el plan de reunirse en Londres. Destacados jefes carlistas como los generales Joaquín Julián Alzáa, José María Arroyo, Juan Montenegro, Manuel Añón, Domingo-Arnau, los coroneles Francisco Aguirre, José Borges y José Estartús, y personalidades como Romualdo María Mon, secretario del conde de Montemolín, huyeron de los lugares en Francia en los que estaban bajo vigilancia, siguiendo las instrucciones que Montemolín había cursado.

También Cabrera se fugó de su residencia de Lyon el día 13 de septiembre. Es muy posible que Montemolín y Cabrera se reunieran en Graville, en el Canal de la Mancha, para pasar juntos a Inglaterra.

La fuga concertada de tan significados elementos indignó al gobierno francés, que en previsión de mayores males mandó apresar a varios generales y renombrados carlistas asilados en Burdeos, entre los que se encontraban los



Figura 1: Carlos Luis de Braganza, conde de Montemolín, fotografiado en París, c. 1960

² El Manifiesto se recoge en CENTURIÓN, Leopoldo Augusto de: *Historia de la vida pública y privada de D. Carlos Luís de Borbón y de Braganza, primogénito de D. Carlos María Isidro*. Imp. de D. Manuel Álvarez. Madrid, 1848, pp. 212 y 213.

generales Gómez, Villarreal, Valdespina, Sopelana, el gentilhombre Vargas, el coronel Cevallos y varios jefes de menor graduación, así como algunos eclesiásticos. Los que estaban cerca de la frontera fueron internados, y se redobló la vigilancia sobre los refugiados españoles, al tiempo que se solicitaba del gobierno inglés la detención de Montemolín, a lo que Inglaterra se negó alegando la tradicional hospitalidad.

Al poco de su fuga de Bourges se difundió el Manifiesto que Montemolín había firmado el día 12 de septiembre.

Cabrera llegó a Londres el 16 de noviembre por la tarde, mientras que Montemolín, a quien se esperaba antes, no lo hizo hasta el domingo 22 por la mañana. Como hemos dicho, lo más probable es que ambos entraran juntos en Inglaterra, pero que Carlos Luís permaneciera oculto durante los primeros días.

Al día siguiente de haberse anunciado la llegada a Londres del príncipe español, fue objeto de todo tipo de agasajos por parte de los más notables personajes de la alta sociedad londinense.

El pequeño grupo de exilados carlistas encontró acogida entre los diputados conservadores miembros del grupo *Young England* que ya antes en los debates parlamentarios celebrados con distintos motivos habían dado muestras de sus simpatías por la causa carlista.

Ya desde antes de la llegada de Montemolín a Londres, los carlistas exilados en la capital inglesa estaban tratando de utilizar los contactos proporcionados por sus simpatizantes ingleses para recabar los recursos que necesitaban para el nuevo alzamiento carlista que se preparaba en España, así como llevar a cabo las gestiones diplomáticas que pudieran ayudar al mismo.

Elío, Cabrera, Alzáa y otros trabajaban para hacer posible un nuevo movimiento. Para ello se había creado una junta que se llamó provisional vasco-navarra.

Para la organización del movimiento que se preparaba, Montemolín formó en Londres un Consejo formado por los miembros de su casa militar y civil cuya misión era, además de recabar fondos, la de enlazar con los gobiernos europeos que simpatizaban con la causa de la dinastía proscrita, el reconocimiento diplomático y la estrategia militar de campaña³.

Cabrera insistía en la necesidad de recabar los recursos necesarios para llevar el plan a cabo. Su experiencia le dictaba que sin medios materiales suficientes la intentona carecería de sentido, por lo que su resolución dependía en parte de que pudieran allegarse los fondos indispensables.

³ CLEMENTE, Josep Carles: *La guerra de los «matiners» (1846-1849)*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1987, p. 93.

Por otra parte, otros jefes carlistas de la primera guerra no veían clara la oportunidad de un alzamiento. Un número de ellos se había reunido en Burdeos para deliberar sobre la situación, y ante el panorama político de Europa –que pasaba por un momento revolucionario de subversión contra las monarquías y a favor del socialismo y las repúblicas– acordaron oponerse a todo levantamiento en armas contra Isabel II, aconsejando el desistimiento a los que lo preparaban.

El carlismo seguía dividido, y moderados y exaltados mantenían posiciones diferentes sobre el camino a seguir.

Las primeras partidas en defensa del Pretendiente aparecieron en Cataluña, donde la disconformidad contra el gobierno autoritario de Narváez era mayor. El mariscal de campo Ignacio de Brujón, nombrado comandante general de Cataluña por Cabrera hasta que él pudiera entrar en España, organizó y distribuyó desde la frontera las distintas jefaturas de las partidas que se fueron alzando, cuyo primer mando coordinador correspondió a Benito Tristany.

Durante todo el otoño el alzamiento inconexo de partidas fue continuo. Los *matiners* (madrugadores), como pronto fueron conocidos los montemolinistas, seguían una táctica típicamente guerrillera a base de partidas que carecían de organización y de disciplina, y huían al primer avistamiento de las tropas de la reina. Las partidas eran numerosas, por lo que eran capaces de actuar simultáneamente en lugares dispares, y poco a poco se fueron robusteciendo a medida que más emigrados pasaban la frontera y se les incorporaban.

El Pretendiente combinaba su vida mundana londinense con el seguimiento de los acontecimientos en España y en la frontera, desde donde sus partidarios le presionaban para que actuase. Por fin, en diciembre, el secretario de Don Carlos Luís responde a las solicitudes que desde los centros conspiratorios de la frontera se dirigían con insistencia en petición de medios materiales y de instrucciones. Del contenido de esta carta se desprende una especie de calma que raya en el desinterés, y que desde luego contrasta con la ansiedad en que vivían los que llevaban a cabo los preparativos para el levantamiento.

Otro golpe que van a recibir los jefes carlistas que conspiraban en la frontera durante este mes de diciembre es la negativa del general Bruno de Villarreal, que estaba prisionero y fue liberado en esos días, a hacerse cargo de la comandancia general de Vascongadas y Navarra que Montemolín le ofreció. El experimentado general consideraba el proyectado levantamiento una empresa desesperada, para la que no creía que se dieran condiciones favorables⁴.

⁴ Carta de Bruno de Villarreal a Joaquín Julián de Alzáa de 15 de enero de 1847. CLEMENTE, Josep Carles: op. cit, p. 140.

Al comienzo del nuevo año de 1847 la situación de los preparativos del levantamiento sigue dependiendo de Londres, donde todos esperan esa ayuda y esas directrices que no acaban de llegar.

El general Elío había sido nombrado comandante general de Vascongadas y Navarra a la vista de la negativa de Villarreal. Desde el sur de Francia se comunica con los enlaces para el levantamiento, la mayor parte de ellos situados también en la frontera. En Cataluña los preparativos llevados a cabo por el conde de Morella parecen más avanzados, y se juzga llegado el momento, si bien se encontraba con la misma falta de recursos.

Como el dinero y las armas siguen sin llegar, Cabrera decide no cruzar la frontera para iniciar el levantamiento porque «si principiamos la danza sin ellos (los recursos) no haré más que echarlo todo a perder»⁵, por lo que opta por acatar las órdenes de Londres –que mantiene la esperanza de que pronto podrán conseguirse las ayudas– y seguir con los preparativos.

A pesar de las reticencias de Cabrera, las partidas que se habían alzado en Cataluña sin esperar órdenes superiores siguen prosperando, sin que el gobierno sea capaz de acabar con ellas. Cabrera presiona por los fondos, y también para que trate de promoverse la insurrección en Andalucía, Extremadura y Galicia para fraccionar la atención del enemigo y aumentar las posibilidades de éxito en Navarra, las Provincias Vascongadas y Cataluña, donde se espera poder contar con un mayor contingente humano.

Los recursos económicos eran la prioridad, y el pretendiente a la Corona no podía dejarse ver en banquetes y recepciones mientras sus compatriotas pasaban hambre⁶.

La guerra en Cataluña seguía propagándose alarmantemente. El capitán general Bretón, viendo el poco éxito en sus intentos de sofocarla, optó por aumentar la dureza de la represión. La falta de éxito de sus medidas dio lugar a su relevo en el mando por el general Pavía, conde de Novaliches, nombrado nuevo capitán general por decreto del 7 de marzo de 1847.

El compás de espera de los exilados en la frontera continuaba en medio de una tensión difícil de soportar. A finales de ese mes de marzo, se extendió el rumor de que Montemolín había obtenido un crédito para extender la guerra, lo que movilizó a los jefes carlistas, pero todo quedó en un empeño sin cumplir.

⁵ Carta de R. Cabrera a Joaquín Julián de Alzáa de 2 de febrero de 1847. Citada por LÁZARO TORRES, Rosa María: «El general D. Joaquín Julián de Alzáa y la intentona carlista de 1846-1849», en *Revista Aportes*, Año X, n.º 27, mayo 1995. Madrid, 1995, p. 149.

⁶ WHIBLEY, Charles: *Lord John Manners and his friends*. William Blackwood and Sons. London, 1925, p. 258.



Figura 2: Retrato del general Pavía

En mayo la guerra de los *matiners* continúa cobrando cuerpo, mientras Don Carlos Luís sigue en la misma actitud irresoluta, pareciendo ignorar la situación. En el territorio vascongado la espera no puede aguantar más tiempo y los convenidos presionan para que empiece el movimiento, so pena de que todos los preparativos se fueran al traste por las medidas del gobierno y el desaliento de los implicados.

Durante los meses de primavera y primeros del verano, Montemolín continuó haciendo intensa vida social, asistiendo con frecuencia a cacerías, fiestas y conciertos⁷.

Mientras tanto la guerra en el Principado seguía extendiéndose, haciendo inútiles los esfuerzos del gobierno por contenerla. El 1 de septiembre se firmó el decreto que sustituía al general Pavía por el joven general de la Concha al frente de la capitania general de Cataluña. En su voluntad de acabar cuanto antes con la guerra, el marqués del Duero reforzó sus tropas, que llegaron a alcanzar los 42.000 hombres, frente a poco más de 1.000 *matiners* que formaban en aquella época las partidas guerrilleras⁸.

Pero si poco duró Pavía, menos habría de hacerlo su sucesor, al que el cambio de gabinete depuso del mando por decreto de 3 de noviembre, reintegrando al mismo al marqués de Novaliches.

El silencio de Montemolín a lo largo de toda la segunda mitad de este año, cuando estaban todas las espadas en alto, desconcertaba profundamente a los carlistas que estaban dispuestos al levantamiento. El Pretendiente parecía vivir al margen de esta situación de sus partidarios, lo que exasperaba a muchos que se veían obligados por ello a acogerse a indulto para poder regresar a España.

2. Comienzo de la Segunda Guerra Carlista o Guerra de los Matiners

Tras tantos meses de indecisión e inoperancia, a pesar de la no resuelta escasez de recursos, Montemolín creyó llegado el momento de poner toda la carne en el asador, fiado en la expectativa de apoyos extranjeros que nunca llegarían a materializarse.

El plan general de campaña de Montemolín consistía en promover levantamientos en Andalucía, Extremadura, Galicia etc., además de Cataluña,

⁷ Véase el Diario de Marianne Richards, en Urcelay Alonso, Javier: «*El Diario de Marianne Richards. La vida desconocida del general Cabrera*», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 42, 1/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.

⁸ Cfr. *Teatro de la guerra: Cabrera, los montemolinistas y republicanos en Cataluña. Crónica de nuestros días. Redactada por un testigo ocular de los acontecimientos*. Imprenta de D. B. González, Madrid, 1849, p. 65.

Valencia y las Vascongadas y cerrar luego la circunferencia haciendo que todos sus ejércitos confluyeran sobre la corte en un momento dado, para lo cual contarían con los que conspiraban en el interior de la capital del Reino.

Trazado el plan, se nombraron los jefes para cada punto y se dispusieron en Francia y Portugal los núcleos de las fuerzas que cruzarían la frontera y que promoverían el alzamiento en Navarra y las Provincias Vascongadas, Santander, Extremadura, Andalucía, Aragón, Valencia y Cataluña. El general Elío, que en la primera guerra había sido último jefe de los batallones navarros fieles a Carlos V después del Convenio de Vergara, fue nombrado jefe del movimiento en Navarra y las Vascongadas; Alzáa lo fue de Guipúzcoa; Royo y Peco recibieron el encargo de promover el levantamiento penetrando por Extremadura, mientras que para jefe de Andalucía fue nombrado el general Miguel Gómez, con José María de Arévalo como segundo comandante general. El Conde de Morella sería el encargado de penetrar en Cataluña, ponerse al frente de los *matiners* y, con su genio organizador, dar a la insurrección el impulso que necesitaba.

En la segunda mitad del mes de junio se dio la señal convenida, produciéndose el movimiento en los puntos designados al efecto.

Cabrera había manifestado su escepticismo respecto a la oportunidad de la estrategia de tratar de extender la guerra⁹.

Entre el Cabrera de la guerra y el de ahora habían cambiado muchas cosas. Era un legitimista convencido, pero valoraba lo que devastador para una nación tenía una guerra civil, y el cansancio que antes o después provocaba en los pueblos que la soportaban. Su opción era por tanto la de un movimiento rápido y efectivo, que fuera capaz de alcanzar sus objetivos sin el desgaste de una guerra. Y para ello consideraba cruciales la disposición de los apoyos y medios materiales requeridos, sin los cuales no podría alcanzarse el éxito a pesar de pagarse un alto precio. Si aceptó el plan, fue «porque el honor y el decoro me lo mandan así; pero tengo el presentimiento de que todas esas esperanzas serán fallidas»¹⁰.

La entrada en España costó la vida a algunos prestigiosos jefes carlistas. Fue el caso del general Joaquín Julián de Alzáa, que penetró en España por Navarra el 23 de junio, al frente de una partida no muy numerosa, contando con que se le unirían inmediatamente voluntarios. La desgracia acompañó, sin embargo, su intentona, y a los pocos días fue hecho prisionero y fusilado el 3 de julio de 1848, lo que abortó el levantamiento en Navarra.

⁹ Córdoba, E. Pablo de: *Historia de D. Carlos de Borbón y de su augusta familia, desde el convenio de Vergara hasta nuestros días*. Manuel Rodríguez editor. Madrid, 1870, pp. 888 y 889.

¹⁰ *Historia del general carlista Don Ramón Cabrera, desde su nacimiento hasta los últimos sucesos*. Despacho de Marés y Compañía. Madrid 1874. Edición facsímil en Librerías París-Valencia. Valencia, 1992, p. 31.



Figura 3: El general Alzáa, fusilado al fracasar el alzamiento que encabezó en Navarra

Con la muerte de Alzáa y otras derrotas fueron sucumbiendo en las demás provincias las sublevaciones, después de haberse sostenido durante poco tiempo en condiciones muy precarias. Solamente en Cataluña los acontecimientos parecían tener mejor cariz. Cabrera hizo un llamamiento a los exilados de la pasada guerra que estaban todavía en Francia, muchos de los cuales se le presentaron dispuestos a penetrar con él en España. Todavía en la frontera francesa, Cabrera organizó con todos estos voluntarios dos columnas, una de gente de Aragón y Valencia, que al mando del general Forcadell destinó a fomentar el levantamiento en el Maestrazgo, y otra con la que pensaba penetrar en Cataluña.

Antes de penetrar en el Principado, Cabrera lanzó una proclama a los habitantes de Aragón, Valencia, Murcia y Cataluña, para que respondieran al clarín que les convocaba a las armas para defender la independencia española,

amenazada por los matrimonios reales que ponían la sucesión en manos de un extranjero sin crédito, sin valor y sin más título de merecimiento que las maniobras de un príncipe corruptor y una princesa degradada.

La entrada de Cabrera en el teatro de la guerra produjo sensación en toda España. Hasta entonces, el gobierno de Madrid había considerado con indiferencia las correrías de las partidas montemolinistas del Principado, pero la llegada de Cabrera hizo cundir la alarma.

El 23 de junio, el mismo día que lo hacía el malogrado Alzáa, el general Cabrera atraviesa la frontera para tomar el mando de los sublevados en Cataluña.

La aparición en el teatro de la guerra del conde de Morella –rumoreada desde días antes–, incrementó notablemente las filas montemolinistas e hizo cambiar el aspecto de la guerra que se sostenía en el Principado. La vuelta del antiguo jefe de los ejércitos de Don Carlos daría una nueva fisonomía a los guerrilleros carlistas, que se transformarían bajo su mando en un ejército organizado.

Uno de los primeros objetivos de Cabrera fue organizar la Caballería, porque su plan era correrse hacia el Maestrazgo, para lo que disponer de la misma le era vital. En poco tiempo reunió 800 hombres y formó los primeros escuadrones, ordenando a las partidas la requisita de caballos y monturas. La fisonomía de la guerra en Cataluña poco a poco va entrando en una nueva fase. Cabrera, reuniendo y organizando a las partidas antes dispersas, conseguía que los carlistas empezaran a plantar cara y hacer frente a las tropas que les perseguían, en lugar de limitarse a huir como hasta entonces.

El 1 de julio el líder republicano Abdó Terrades lanzó una proclama en París llamando a todos los republicanos a una insurrección general para combatir a la férrea dictadura moderantista del general Narváez en el poder.

Partidas de centralistas y republicanos entraron desde Francia en Cataluña, y lograron un notable incremento en el país.

Cabrera pretendió aprovechar la oportunidad de implicar a los republicanos en la guerra y ampliar su base popular de apoyo, para lo cual lanzó una proclama a los catalanes en la que llamaba a la lucha contra la tiranía y apelaba a la unión para conquistar sus derechos estrechándose en torno a la bandera que llevaba por lema la religión, la verdadera libertad, la paz y la ley. Los republicanos y demócratas se entendían con las partidas carlistas, a pesar de la discrepancia ideológica, movidos por el objetivo común de combatir al gobierno, que veía con preocupación el crecimiento de la guerra en el Principado.

En los primeros días de julio, Cabrera se encontraba ya al frente de 800 infantes y cerca de 100 caballos. De acuerdo con los jefes de las distintas partidas, se distribuían los voluntarios, y operaban conjuntamente o por separado según les conviniera a los objetivos.



Figura 4 y 4 bis: Uniforme y boina que lució Cabrera en la Campaña Montemolinista, con el anagrama de Carlos VI. Museo del Ejército

La frecuencia creciente de estos episodios, y la resistencia aguerrida que los carlistas empezaban a presentar en sus encuentros con las columnas, iban dándole otro cariz a la guerra y aumentando la audacia de los montemolinistas, que llegaron a acercarse a Barcelona y poner bloqueo a Cardona.

El esfuerzo de Cabrera no buscaba tanto la obtención de victorias en los distintos encuentros que se sucedían como la formación de un ejército fuerte y entusiasta, que le permitiera dar una mayor envergadura a la campaña. Pero en estas acciones y en los asaltos a los pequeños destacamentos, el jefe carlista iba reuniendo un número considerable de prisioneros, muchos de los cuales se decidían a pasarse al bando montemolinista.

Cabrera combinaba el esfuerzo militar con la propaganda basada en soflamas llamando a los soldados, e incluso a jefes y oficiales del ejército de la reina, para que se sumaran a la causa de la independencia y la regeneración nacionales bajo la bandera del rey legítimo Carlos Luís de Borbón. Cada una de las proclamas procuraba adaptar el lenguaje y contenido en función de sus destinatarios.

Para la organización de sus fuerzas, Cabrera eligió el territorio entre la población de Vidrá y pueblos limítrofes, permaneciendo en él a pesar de las columnas que le perseguían para proseguir con la instrucción de sus reclutas y la organización de su incipiente ejército.

Durante el mes de agosto se produjeron una serie ininterrumpida de choques y escaramuzas de distinto desenlace, pero común fisonomía. Por primera vez la colaboración y ayuda mutua sobre el terreno entre carlistas y republicanos llegó a ponerse de manifiesto en diversas ocasiones de forma explícita en actuaciones conjuntas, como en el ataque a la columna de Molins de Rey el 12 de agosto o en la colaboración cerca de la frontera de los carlistas Cabrera y Brujó y el republicano Ametller del 26 de septiembre.

A efectos de promover la extensión de la guerra al Maestrazgo, tal y como era su pensamiento desde que entró en Cataluña, el conde de Morella dio órdenes a sus lugartenientes Forcadell, Arnau, Borges y Guerxo para que se aproximaran con sus respectivas fuerzas a las vertientes del Ebro. Con ello amenazaba la parte montañosa de Aragón y Valencia, tomaba posiciones para la invasión de estos territorios, aumentaba el diámetro de la guerra y producía una dispersión de las tropas gubernamentales que, facilitaba sus operaciones en el Principado.

Algunos otros encuentros tuvieron lugar en el mes de agosto, si bien en general de escasa importancia para el curso de la guerra. Esta seguía extendiéndose sin que tuvieran éxito las medidas que para sofocarla adoptaba el general Pavía, a pesar de los numerosos efectivos bajo su mando, lo que llevó a su destitución con fecha 10 de septiembre, siendo sustituido al frente

de la capitania general de Cataluña por el general Córdoba, cuya estrategia se orientaría no sólo a vencer al enemigo derrotándolo militarmente, sino a producir la desertión de sus jefes más influyentes a base de ofrecerles sustanciosas cantidades de dinero, grados y condecoraciones militares.

Una vez satisfecho por el grado de instrucción y disciplina de sus voluntarios, el 15 de septiembre Cabrera se lanzó sobre Castellón de Ampurias, cabeza del Ampurdán, al frente de 1.200 hombres, haciéndose dueño del pueblo. De allí se dirigió hacia sus escondites en Vidrá donde dio descanso a los suyos, no sin antes tener un ligero encuentro con la tropa en Muga. Había recorrido en pocos días la llanura del Ampurdán, demostrando no sólo burlar al ejército, sino ser capaz de asegurar su subsistencia lejos de la zona en la que gozaba de mayor infraestructura de apoyo.

Octubre comenzó con un importante triunfo de los montemolinistas de Posas entre Manresa y Tarrasa, y con la expedición de Cabrera por la comarca de Vich cobrando contribuciones en diversos pueblos. En la tercera semana del mes se corrió hacia la provincia de Lérida pasando el Segre, con la pretensión de entrar en el Alto Aragón, pero ante el acercamiento de fuerzas enemigas cambió sus planes y se replegó hacia el Pirineo, deponiendo su objetivo y teniendo que conformarse con cobrar algunas contribuciones.

El 30 de octubre por fin el general Córdoba se dispuso a dejar Barcelona al frente de un nutrido ejército con la intención de llevar la campaña a término. Todos esperaban la persecución de Cabrera por parte de un ejército muy superior al que podía disponer el caudillo montemolinista.

La estrategia de Fernández de Córdoba de sustituir la espada de general por la compra de voluntades, trajo consigo el 13 de noviembre la presentación a las autoridades del brigadier carlista José Pons, alias *Pep de l'Oli*. Pons era un jefe de prestigio, que había combatido también y dado su sangre en la primera guerra. Poco después luchó con gran celo contra sus antiguos



Figura 5: General Fordacell, comisionado por Cabrera para extender la guerra al Maestrazgo

compañeros de armas. Además del *Pep de l'Oli*, los «estímulos sobreco-gedores» de Fernández de Córdoba hicieron que abandonaran la lucha *el Cojo de Cariñena*, Florencio de Silva, Antonio Pont, Francisco Torrecabot, Jacinto Arnau y Ramón Más, entre otros.

El 15 de noviembre en las posiciones de Aviñó, Cabrera obtuvo una resonante victoria sobre la columna del brigadier Manzano, lo que acabó de dejar clara cuál era la posición del caudillo montemolinista ante la desertión de algunos de los suyos.

A diferencia de lo que fue norma durante la Guerra de los Siete Años, la guerra presentaba rasgos de humanidad y consideración para los prisioneros, que eran con frecuencia puestos después en libertad o canjeados. Este proceder de los carlistas fue reconocido incluso por la prensa contraria¹¹.

La victoria de Cabrera sobre uno de los más pundonorosos jefes isabelinos levantó la moral de los montemolinistas y el prestigio de su bandera ante los catalanes, temiendo sus enemigos que la insurrección tomara nuevos bríos y se extendiera a otros puntos del Principado.

Por otra parte, la noticia de la derrota de Manzano trajo consigo la destitución del capitán general Fernández de Córdoba, que fue sustituido por Manuel de la Concha, marqués del Duero, que ya había ocupado el puesto anteriormente. Los montemolinistas tenían más fuerza que nunca y contaban con el apoyo de una buena parte de país. Era la quinta vez que se nombraba capitán general de Cataluña desde que empezó el levantamiento de los *matiners*.

3. Una victoria imposible

Al comenzar 1849, el 1 de enero Cabrera publicó desde su cuartel general de Amer la Orden General mediante la cual reorganizaba el Ejército de Cataluña bajo su mando. El ejército carlista quedaba estructurado en cuatro divisiones: la primera, o división de Barcelona, al mando del brigadier Estartús. La segunda o división de Tarragona, mandada por el brigadier Borges. La tercera era la de Lérida, interinamente mandada por el coronel Rafael Tristany. Finalmente, la cuarta división, de Gerona, estaba mandada por el coronel Marcelino Gonfaus, alias *Marsal*.

El conjunto del Ejército Real de Cataluña se componía de 16 batallones de Infantería, una compañía de Guías, un regimiento de Caballería,

¹¹ Cfr. *Biografía del Señor Don Carlos Luis María de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín. Abraza la historia de la guerra civil en los años 1847, 1848 y 1849*. Establecimiento tipográfico de D.M. Morales y Rodríguez. Madrid, 1855, p. 157.

un escuadrón de Ordenanzas del General, una compañía de Artillería, una de Maestranza y Armería, dos compañías de Resguardo, una de Mozos de Escuadra y una de Inválidos. En total, unos 8.500 hombres con 340 caballos y 120 mulas.

El general Concha, consciente de las tareas de organización que el conde de Morella llevaba a cabo y decidido a impedir las, se propuso limpiar la comarca que servía al caudillo carlista de principal base de operaciones.

Los carlistas tenían especial interés en conservar el pueblo de Amer, situado en el centro de la montaña sobre la margen izquierda del Ter y protegido por el río. Estos parajes serían el escenario del encuentro con las tropas del general Nouvilas que ha pasado a la historia como la *batalla del Pasteral*, probablemente el hecho bélico más importante de la guerra de los *matiners*.

La acción del Pasteral, en las que ambos bandos hicieron gala de extraordinario valor y disciplina, dejó un número similar de muertos y heridos por ambas partes, más de una veintena de los primeros, incluidos algunos oficiales, y cerca de cuarenta de los segundos.

El propio conde de Morella resultó herido de gravedad en el combate, lo que hizo que tuviera que ser conducido a Francia en una litera.

El día 29, Cabrera hace pública una proclama a sus voluntarios, señalando que su herida no reviste gravedad, disponiendo lo necesario para que se mantuviera el funcionamiento y disciplina de su ejército durante los días de su convalecencia, agradeciendo la valentía demostrada en las acciones del 26 y del 27, y llamando a continuar con fe en la victoria¹².

En la orden general de 11 de febrero, Cabrera anunció que volvía a dirigir personalmente las operaciones. El tortosino reaparecía en escena cuando aún prácticamente no se había recuperado de su herida, reavivando con su sola presencia las esperanzas de los esforzados montemolinistas¹³.

Desde que había penetrado en Cataluña, Cabrera no había sino comprobado la desproporción de fuerzas y la falta de todos los recursos que se habían prometido. Su brazo derecho, el coronel Hermenegildo Cevallos, escribió al secretario militar de Montemolín, señalando que convendría la presencia de S.M. o de uno de los infantes en Cataluña, pues lo contrario podría comprometer la Causa en el Principado¹⁴.

¹² Texto completo de la proclama recogido en PIRALA Antonio: *Historia Contemporánea. Segunda parte de la Guerra Civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII*. Felipe González Rojas, editor. Madrid, 1892, Tomo 1, p. 554.

¹³ Cfr. Carta de Carlos V a Carlos Luís de Lucca y Parma. Archivo Borbónico de Parma, Ordine Constantini di San Giorgio, Scatola 113: Carlo Ludovico. Copia amablemente proporcionada por Alexandra Wilhemsen.

¹⁴ PIRALA, Antonio: op. cit., Tomo 1, p. 560.

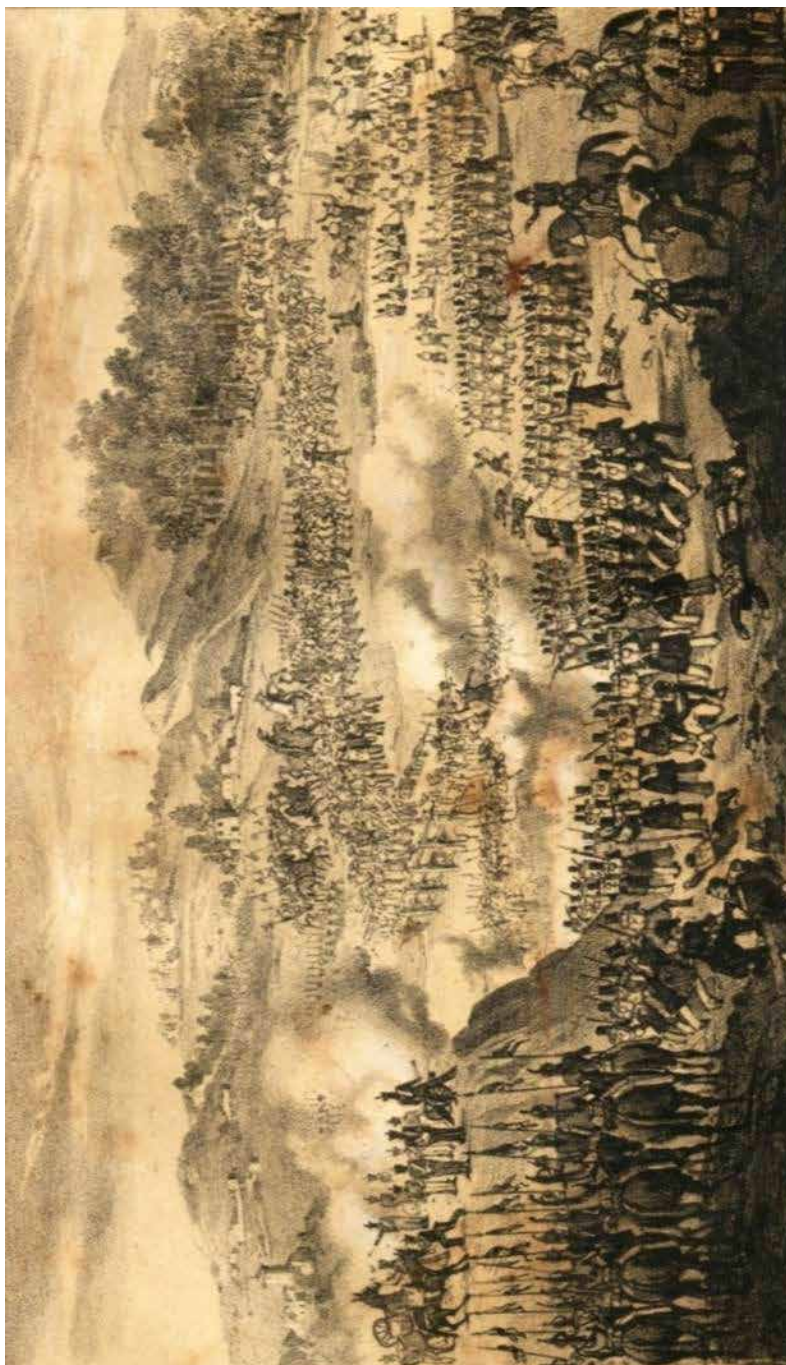


Figura 6: Grabado de la batalla del Pasteral

La distracción de Montemolín de los asuntos militares y políticos de su partido se había acrecentado desde finales de 1848, en que el conde había conocido a la bella Adelina de Horsey, de la que se había enamorado, llegando el 27 de febrero siguiente a proponerla matrimonio en secreto, dispuesto a que, si fuera necesario, su amor le costase sus derechos dinásticos al Trono.

Mientras, en Cataluña la guerra continuaba sin que los numerosos efectivos desplegados por el ejército, que recorrían incesantemente todo el Principado, pudieran acabar con los montemolinistas, que llegaron a bloquear Solsona y aproximarse al castillo de Montjuich en la misma Barcelona. El general Concha decidió incrementar el rigor de las medidas represivas. A las duras disposiciones que se contenían, respondió Cabrera con la correspondiente reciprocidad¹⁵.

En los primeros días de abril, Cabrera se encontró en una situación muy apurada en San Lorenzo de Morunys ante las tropas de su antiguo correligionario el brigadier Pons, el *Pep d'Ollí*, pasado ahora al ejército isabelino, de la que logró huir gracias a una ingeniosa estratagema.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, la ocasión suscitada a finales de marzo por el aviso dado sobre la presunta disposición de los hermanos Tristany –Francisco, Rafael y Ramón– para reconocer a la reina, hizo que los responsables del ejército isabelino entablaran conversaciones con los mencionados jefes carlistas para negociar las condiciones de su sumisión y convenir la entrega de su jefe Cabrera.

A lo largo de varios días y en un par de encuentros, Francisco Tristany hizo creer a los jefes isabelinos de la verdad de sus intenciones, para lo que llegó a firmar escritos al respecto, cobrando incluso dinero por adelantado para poder materializar el plan convenido. En todo ello, sin embargo, obraba en entendimiento con el general Cabrera para poner en evidencia a los que promovían la traición en las filas carlistas.

Tras diversos lances, se convino el santuario de Pinós como el lugar donde tendría lugar el convenio la noche del 13 al 14 de marzo. Allí se congregaron al anochecer de ese día 13 las fuerzas de los hermanos Tristany, de Borges, Coscó y Cabrera, si bien el caudillo montemolinista no se encontraba con los suyos. En conjunto unos mil hombres, escogidos por su conocimiento del terreno y su capacidad para llevar a cabo una sorpresa nocturna.

El mando isabelino, por su parte, tras adoptar las precauciones debidas, dispuso que las columnas de los coroneles La Rocha y Cathalan salieran hacia el santuario de Pinós.

¹⁵ Cfr. *Teatro de la Guerra*: op. cit., p. 236.

Al aproximarse al lugar convenido para la entrega de los Tristany, los carlistas iniciaron una descarga de fusilería. La maniobra quedaba al descubierto. Los liberales, viéndose atacados de una manera tan impensada, consiguieron recomponerse y mantener el fuego, entablándose un feroz combate. La victoria moral fue de los carlistas por lo que se consideró una prueba de su adhesión inquebrantable a su bandera, dispuestos a defenderla hasta el último aliento.

Al mismo tiempo que la noticia de los sucesos de Pinós aumentaba la inquietud de los que temían la prolongación y endurecimiento de la guerra, se producían otros hechos que tendrían una importancia trascendental sobre la evolución de la misma.

La insurrección de los *matiners* prosperaba en el levante español cundiendo cierto malestar entre los carlistas por la permanencia de Montemolín en Londres y la falta de los recursos prometidos. Cabrera pensaba que si quien constituía la mejor encarnación de la bandera por la que se luchaba, se personaba en el teatro de la guerra, su presencia constituiría un revulsivo para la movilización de sus partidarios en toda la península.

Montemolín, «que era absolutista más bien por costumbre que por sus propios sentimientos»¹⁶, decidió finalmente atender el llamamiento de Cabrera e incorporarse al ejército de éste en Cataluña.

El 27 de marzo o un par de días antes, Montemolín abandonó Londres disimuladamente con sus dos hermanos, Don Juan y Don Fernando y los coroneles González y Giménez. Al llegar a París se unieron al coronel Algarra, en entendimiento con Cabrera, y se dirigieron por Toulouse, con pasaportes falsos, a Perpignan. Durante tres días, del 1 al 4 de abril, Montemolín y los tres coroneles que le acompañaban permanecieron ocultos en una aldea al pie de la cordillera, esperando que se presentase en las inmediaciones alguna fuerza montemolinista. Cabrera entretanto operaba en la provincia de Lérida, tratando de atraer hacia él las fuerzas isabelinas que cubrían la frontera, con objeto de que los ilustres viajeros no tuvieran ningún tropiezo al atravesar la misma.

El 4 de abril, Montemolín se decidió a cruzar la frontera con la ayuda de un guía local, sin esperar a que el conde de Morella les diera aviso de que el paso estaba despejado. Al pretender penetrar en España por San Lorenzo de Cerdanes y cuando sólo se encontraban a un cuarto de hora del territorio español, fueron sorprendidos por unos aduaneros franceses, quienes consiguieron detenerles. Conducidos a Arlés, el Pretendiente tuvo que revelar su personalidad, tras lo que fueron trasladados presos a Perpiñán, quedando

¹⁶ MARTÍNEZ DEL RÍO, E.: *Biografía del General Lazeu*. Imprenta de D. Guillermo Penny. Londres, 1863, p. 22.

retenido Montemolín en la Ciudadela y los demás en la prisión departamental, hasta que el gobierno francés decidió fuesen de nuevo reintegrados a Inglaterra por separado.

El conde de Montemolín llegó a Londres en la madrugada del 15 de abril «mohíno y descorazonado», según la historia narrada por el conde de Rodezno, y «sin la menor novedad y más entusiasmado que nunca», según el Diario de Marianne Richards, futura condesa de Morella. Entusiasmo que podía también deberse a la liberación del penoso deber auto impuesto y a la perspectiva del reencuentro con la amada Adelina.

4. *Final de la guerra anticipado*

El fracaso de la entrada de Montemolín en Cataluña fue un golpe mortal para Cabrera y supuso de hecho el final de las esperanzas de que Don Carlos Luís accediera al Trono de España y la insurrección armada pudiera tener el éxito final.

El conde de Morella había conseguido reunir un ejército de 10.000 hombres a pesar de todas las dificultades y la total escasez de medios. Pero la táctica del soborno puesta en marcha sucesivamente por los generales Pavía, Córdoba y Concha estaba dando sus frutos, y cada día se producían desertiones y crecía el riesgo de la traición¹⁷. Un día era un jefe que se pasaba al enemigo, otro una partida entera, o un subalterno que traicionaba a sus jefes revelando su paradero.

Fruto de una de estas delaciones fue la prisión del prestigioso jefe *Marsal* cuando se acercaba a los Pirineos al encuentro de Montemolín. Ambos sucesos supusieron un duro golpe para la moral de los carlistas y aceleraron el final de la contienda.

Desde el 1 de enero de 1849 hasta el 17 de abril habían caído prisioneros 1.400 montemolinistas, incluidos cuarenta jefes y oficiales, y se habían presentado a las autoridades de la reina nueve jefes, más de ciento cincuenta oficiales, veintiséis jefes de partidas y más de 3.000 individuos de tropa¹⁸.

¹⁷ En una ocasión Cabrera estuvo a punto de ser envenenado por un cura que se movía en los círculos de sus más allegados. Advertido, sentó al citado personaje a su mesa y le hizo comer el guiso envenenado, que condujo al asesino a la muerte entre atroces dolores. VILLALBA HERVÁS, Miguel: *Recuerdos de cinco lustros*. Imprenta La Guirnalda. Madrid, 1896, p. 110.

¹⁸ J.C. Clemente cita la cantidad de 314.000 reales que el general Pavía habría destinado a sobornos, confidentes etc durante sus dos épocas en Cataluña, sin contar otro medio millón de reales provenientes de multas e infracciones de bandos. CLEMENTE, J.C.: op. cit., p. 83.

En estas condiciones, Cabrera decidió pasar la frontera francesa y dirigirse a Inglaterra para discutir con su rey la situación de la guerra y conocer la verdad sobre los recursos tantas veces prometidos y nunca recibidos.

Al poco de penetrar en territorio galo, se ocultó en el subterráneo que hay en una de las casas del pueblo de Err, con el fin de burlar la vigilancia de las autoridades, pero fue descubierto y detenido el 23 de abril por la gendarmería francesa, que le condujo a Perpiñan, de donde fue trasladado al día siguiente a Toulon. Junto a él fueron detenidos su jefe de Estado Mayor, el coronel González de Cevallos, Boquica y otros dos jefes carlistas que le acompañaban, que fueron trasladados a los depósitos del interior.

Hasta ahora, la historiografía oficial y los biógrafos de Cabrera, han interpretado el cruce de la frontera por parte del general Cabrera como el inicio decidido del exilio y la voluntad resignada de poner fin a la guerra, aun cuando a algún autor había llamado la atención lo anómalo de este comportamiento en un caudillo que jamás abandonaba a sus hombres, y que era siempre el último en abatirse. Entre sus partidarios, y también entre la opinión pública y sus mismos enemigos, sorprendía que el orgulloso Cabrera no hubiera presentado una última gran batalla con todas sus fuerzas reunidas, o que no hubiera congregado al grueso de sus efectivos para atravesar con ellos la frontera, como había hecho nueve años antes al fin de la Guerra de los Siete Años.

Un párrafo en el Diario de Marianne Richards, escrito tras el encuentro en Londres con quien habría de ser su futuro esposo, ofrece sin embargo una perspectiva distinta frente a esta versión tradicional de los historiadores, y una posible respuesta a los que pusieron de relieve esa discrepancia entre lo que ahora ocurría y lo que era la línea de conducta habitual del caudillo carlista. Una anotación del Diario señala que Cabrera atravesó la frontera con la intención de entrevistarse con su rey y de volver a cruzarla después, lo que quedaría frustrado con su detención: «Me entristecieron algunas de las cosas que me dijo el general. Cuando los franceses cogieron a Cabrera, venía a Londres a ver al Rey, y luego hubiera vuelto a Cataluña»¹⁹.

A la luz de este interesante párrafo, podemos deducir que Cabrera no pasó a Francia para poner fin a la guerra, como se creía hasta ahora, sino para consultar a su rey importantes decisiones relativas a la misma. Esta versión parece no sólo más coherente con la línea de conducta habitual de Cabrera, sino que tendría un precedente en todo paralelo cuando durante la primera guerra y ante circunstancias también adversas, había arrojado grandes peligros para exponer al rey la situación del Maestrazgo y recabar de él las disposiciones necesarias.

¹⁹ URCELAY, J.: op. cit., p. 27.

El propio Cabrera parece que se refería a esta falta de propósito de iniciar el exilio al cruzar la frontera cuando desde su reclusión francesa dirigió a sus amigos de París la siguiente carta, fechada el 27 de abril en Marsella en la que escribió: «He sido detenido en una casa de la extrema frontera, *donde había venido a cumplir un deber, y no como fugitivo*, puesto que durante tres días había derrotado y puesto en dispersión al enemigo»²⁰.

Desconocemos los planes concretos de Cabrera al pasar la frontera, cuál era ese deber que cumplir, como también hasta que punto conoció alguno de los episodios políticos y sentimentales que tuvieron lugar en torno al conde de Montemolín en Londres mientras luchaba en los campos de batalla y si estos influyeron en su determinación de no volver al escenario bélico. Que Cabrera debía sentir una interna frustración por la situación en la que se había puesto a los combatientes en Cataluña, sin ninguno de los recursos prometidos y en manifiesta inferioridad de condiciones, no parece que pueda ponerse en duda. Quizás esa sea la clave para interpretar el apunte que al respecto dejó escrito Adeline de Horsey en sus Memorias: «En abril de 1849, el gran Cabrera disgustado cejó en su empeño, escapó a Francia y después a Inglaterra, donde se casó con una rica esposa inglesa que aún vive —la Condesa de Cardigan y Lancastre publicó sus memorias en 1909—, y decidió no volver a luchar por el Carlismo»²¹.

La publicación en el año de 2002 de la correspondencia privada del que fuera ministro galo de Asuntos Exteriores y jefe de Gobierno de Luís Felipe, Francois Guizot, aporta un nuevo testimonio inédito sobre este enigma, que puede arrojar una nueva luz para comprender este episodio determinante para el final de la segunda guerra carlista. En la carta que Guizot escribe a su hija Henriette el 18 de abril de 1849 se lee lo siguiente:

«El Conde de Montemolín no ha sido hecho preso. Se ha dejado prender. Cabrera le había escrito que necesitaba que le enviara las armas y el dinero o que viniera él mismo. No teniendo las armas ni el dinero, el Infante partió para España. Pero al no tomar precauciones al entrar, lo hizo tan bien que se supo dónde iba, y dónde estaba y se le detuvo y se le devolvió a Inglaterra. De nuevo una hipocresía. Si Cabrera y los suyos tenían dudas ésto podría quitarles las ganas de inmolarsé por el Infante»²².

Coincida o no nuestra tesis con lo que Cabrera pensaba en ese momento, de lo que no cabe ninguna duda es de la profunda decepción que en

²⁰ *Teatro de la Guerra*: op. cit., p. 252.

²¹ Countess of Cardigan and Lancastre: *My recollections*. Eveleigh Nash. London, 1909, p. 84.

²² Carta de F. Guizot a su hija Henriette de Witt-Guizot de 18 de abril de 1849. Texto completo en GUIZOT, Francois: *Lettres à sa fille Henriette*. Editions Perrin. Paris, 2002.

su ánimo supusieron las buenas palabras y esperanzas incumplidas en esta nueva guerra, en la que volvía a exponer su vida y la de sus hombres. Una decepción que marcaría con profunda huella la actitud del caudillo carlista hacia el futuro, cuando en ocasiones análogas y con planteamientos similares su espada fuera nuevamente requerida.

Fuera con un propósito o con otro, lo cierto es que el paso de Cabrera a Francia puso virtualmente fin a la guerra, aunque el país no quedó enteramente pacificado, pues aún se contaban partidas en distintos puntos que mantenían levantada la bandera montemolinista.

Sin embargo, nadie dudaba que la falta del caudillo tortosino conllevaba el final inevitable de cualquier esperanza de triunfo. Poco a poco todas las partidas fueron traspasando las fronteras. El último en hacerlo, el 18 de mayo, fue el coronel Rafael Tristany. Al día siguiente el capitán general de Cataluña, Manuel de la Concha, dirigía una proclama a los catalanes dándoles la buena nueva: «Las armas nacionales han conquistado en vuestro suelo el laurel más hermoso que puede producir la guerra, el restablecimiento de la paz»²³.

Los carlistas empezaban un nuevo período de su dilatado exilio. Sólo por el registro de Le Pertús pasaron en aquella segunda mitad de 1849 cerca de 1.500 carlistas exiliados.

²³ *Teatro de la Guerra*: op. cit. p. 253.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo: *Teatro de la guerra: Cabrera, los montemolinistas y republicanos en Cataluña. Crónica de nuestros días. Redactada por un testigo ocular de los acontecimientos*. Imprenta de D.B. González. Madrid, 1849.
- Anónimo: *Biografía del Señor Don Carlos Luís María de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín. Abraza la historia de la guerra civil en los años 1847, 1848 y 1849*. Establecimiento tipográfico de D. Manuel Morales y Rodríguez. Madrid, 1855.
- Anónimo: *Historia del general carlista Don Ramón Cabrera, desde su nacimiento hasta los últimos sucesos*. Despacho de Marés y Compañía. Madrid, 1874. Edición facsimil en Librerías París-Valencia. Valencia, 1992.
- Anónimo: *Historia del general carlista D. Ramón Cabrera desde su nacimiento hasta su muerte*. Despacho Sucesores de Hernando. Madrid, s.a.
- CENTURIÓN, Leopoldo Augusto de: *Historia de la vida pública y privada de D. Carlos Luís de Borbón y de Braganza, primogénito de D. Carlos María Isidro*. Imp. de D. Manuel Álvarez. Madrid, 1848.
- CLEMENTE, Josep Carles: *La guerra de los «matiners» (1846-1849)*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1987.
- CÓRDOBA, E. Pablo de: *Historia de D. Carlos de Borbón y de su augusta familia, desde el convenio de Vergara hasta nuestros días*. Manuel Rodríguez, editor. Madrid, 1870.
- Countess of Cardigan and Lancastre: *My recollections*. Eveleigh Nash. London, 1909.
- GUIZOT, Francois: *Lettres à sa fille Henriette*. Editions Perrin. Paris, 2002.
- LÁZARO TORRES, Rosa María: «El general D. Joaquín Julián de Alzáa y la intentona carlista de 1846-1849», en *Revista Aportes*, Año X, n.º 27, mayo 1995. Madrid, 1995.
- LLORD, Josep: *Campanya montemolinista de Catalunya o guerra dels Matiners (Septembre de 1846 a Maig de 1849)*. Barcelona, 1926.
- MARTÍNEZ DEL RÍO, E.: *Biografía del General Lazeu*. Imprenta de D. Guillermo Penny. Londres, 1863.
- PIRALA, Antonio: *Historia Contemporánea. Segunda parte de la Guerra Civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII*. Felipe González Rojas, editor. Madrid, 1892.
- URCELAY ALONSO, Javier: «El Diario de Marianne Richards. La vida desconocida del general Cabrera», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 42, 1/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.
- : «La historia autógrafa de Ramón Cabrera redactada por su hijo», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 43, 2/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.

- : *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*. Editorial Ariel. Madrid, 2006.
- VILLALBA HERVÁS, Miguel: *Recuerdos de cinco lustros*. Imprenta La Guirnalda. Madrid, 1896.
- WHIBLEY, Charles: *Lord John Manners and his friends*. William Blackwood and Sons. London, 1925.